

# La comunidad cristiana lugar de catequización

S. MOVILLA

Para justificar el tema que nos ocupa no hay mejor referencia que la declaración paulina de «¡ay de mí si no evangelizare!» (1 Cor. 9, 16), es decir, ay de Pablo, conocedor de Cristo y seguidor de Jesús de Nazaret, si no es capaz, si no siente la urgencia y la necesidad de transmitir a otros el don maravilloso que ha acontecido gratuitamente en su vida.

De la misma manera puede decirse: ay de una comunidad cristiana que no vibra con la maravillosa experiencia en la que se siente inmersa, ay de una comunidad cristiana que no valora y reconoce el amor misterioso de Dios con el que se considera favorecida, y, sobre todo, ay de una comunidad cristiana que no vive la urgencia de compartir y de comunicar su experiencia de fe con aquellos que no han descubierto o no han acogido del todo ese tesoro escondido (Mt. 13,44).

A fin de que todo esto encuentre una justificación suficiente voy a formular una serie de consideraciones articuladas en tres partes: partiré de unas aclaraciones que demuestran cómo la comunidad cristiana es primordialmente una realidad de orden espiritual, enumeraré a continuación una serie de rasgos o aspectos que toda comunidad cristiana debe manifestar y practicar si quiere ser tal comunidad cristiana, y concluiré con la referencia a la catequesis como deber ineludible y tarea empeñativa de toda comunidad cristiana.

## I. INVOCAR LA REFERENCIA:

### «CLAVES» ORIGINARIAS DE LO COMUNITARIO CRISTIANO.

#### 1. La comunidad es ante todo una realidad espiritual

El hecho fundante de la comunidad hay que buscarlo, antes que en la decisión o voluntariedad humanas, en la *iniciativa misma de Dios*. Y no es que se trate de contraponer una cosa a la otra. Lo que en ello se quiere afirmar simplemente es que, si nos sentimos movidos a construir, desde la fe, un espacio de fraternidad y a manifestar un amor generoso a los hombres, aceptándolos como hermanos, es en virtud de esa fe, que constituye de suyo un don de Dios; y, en definitiva, porque Dios nos ha amado primero (1 Jn 4,19). En el origen de la comunidad cristiana está, por tanto, el beneplácito de Dios de hacernos hijos suyos (Ef 1, 5; Rm 8, 29; 1 Jn 3, 1), de elegirnos de antemano para poner de manifiesto su bondad y su designio (Ef 1, 11), y de convocarnos y agregarnos efectivamente a la comunidad de los salvados (Hch 2, 47). La razón de ser la comunidad hemos de buscarla, pues, en «lo más alto», en la Trinidad divina, aunque luego hayamos de reconocerla también en «lo más visible y concreto», es decir, en la muchedumbre de los congregados, según la expresiva definición que de la comunidad cristiana ofreció el Concilio Vaticano II, inspirándose en los santos Padres, a saber: «la multitud reunida en la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (LG, 4) (1).

Este dato fundamental del amor proveniente de Dios como Padre, manifestado como don total en Cristo Jesús, y llegado hasta nosotros con dinamismo eficaz por la acción del Espíritu derramado en nuestros corazones (Rm 5, 5), es el que confiere a la comunidad cristiana carácter de gratuidad absoluta; en razón de lo cual sólo Dios, y ningún otro, habrá de ser tenido como Señor de la comunidad, de la que se entra a formar parte y en la que se permanece por pura gracia y no por méritos propios. Algo que aparece ya taxativamente formulado en el evangelio de Mateo: «Vosotros sois todos hermanos y uno solo es vuestro Padre, el del cielo» (Mt 23, 8-9).

Desde esta misma óptica es evidente que la comunidad no puede hacer consistir el punto de apoyo en ella misma o en sus miembros; su verdadera base y su cimiento no podrá ser otro que el propio Cristo Jesús (Hch 4, 8-12). El Señor Jesús constituirá, en efecto, su «yo» más profundo; y el «nosotros» que de ahí se derive podrá reforzar sus consistencia en la medida en que se tenga firmemente unido en torno a Jesús.

---

(1) J.M. ROVIRA BELLOSO: *La comunidad, matriz eclesial del laico*, en la revista «Sal Terrae», mayo 1987, pgs. 374-375.

La comunidad cristiana es, pues, de índole *crístocéntrica* en el sentido de que el lazo de unión más vigoroso que la anima es su vinculación con Cristo y en cuanto que ella no puede «diluirse en una vaga inspiración de conductas humanas...», sino que ha de intentar directa y fundamentalmente la creación, bajo la acción del Espíritu, de la comunidad de los que creen en Jesucristo» (CC, 258). Cristo es asimismo, en el Espíritu, el «presente» de la Iglesia y de la comunidad, al tiempo que sigue siendo el principio y el fin de la misma (Apoc 1, 8).

En virtud de ese Espíritu es como los cristianos mantenemos la comunión con Dios, que lo es con el Padre y con el Hijo, como fuente de comunión con los hermanos. No es que los cristianos alcancemos con esfuerzo común un estilo de solidaridad y de unión recíprocas que a la larga van a manifestar la unión que Dios mantiene con nosotros y nosotros con él, no; de lo que estamos convencidos es de que, gracias a la unión de su divinidad, a la que somos asociados por el Espíritu, es como llegamos a ser capaces de mantener la unión y establecer la comunión a todos los niveles. Los cristianos en comunidad nos consideramos, por tanto, espacio de comunión en el sentido de que, al acoger el don de la unión que él se ha dignado establecer con todos nosotros, reconocemos que es *el Espíritu quien nos reúne en comunión de hermanos*.

## **2. Jesús de Nazaret inicia a la experiencia comunitaria**

Estas referencias bíblico-teológicas, escuetamente formuladas, dan suficiente razón del origen fundacional de la comunidad cristiana. Conviene, sin embargo, observar cómo el propio Jesús, en el afán de iniciar a sus discípulos y seguidores a la experiencia de comunidad, les fue haciendo descubrir y vivir una serie de aspectos prácticos importantes.

Llama poderosamente la atención, por ejemplo, el dato significativo de que a los más próximos les asocia y les invita a ser testigos inmediatos de los momentos fundamentales de su propia vida, tales como la predicación en Galilea, la transfiguración, la subida a Jerusalén, la última cena, la oración en el huerto... De alguna manera se insinúa en ello lo determinante que ha de resultar en adelante para una verdadera opción comunitaria el partir de esa experiencia irremplazable, a saber, el encuentro vital y profundo con Cristo Jesús. Y además de asociarles, Jesús trata de instruirles y formarles, unas veces explicándoles más al detalle el sentido y alcance de su mensaje, como cuando les aclaraba en privado el significado preciso de las parábolas (Mc 4, 10-12), y otras iniciándoles en el secreto de comunicarse con el Padre en el

retiro (Mc 6, 31) o de admirarse ante lo que Dios hace con los pequeños y sencillos (Lc 10,21). En determinadas ocasiones Jesús, incluso, echa mano de ellos para realizar la misión de anunciar el Reino, dándoles una responsabilidad progresiva, primero a los judíos y luego a los demás hombres. Y si nos fijamos en las actitudes o gestos de Jesús recomienda con particular insistencia para crear una auténtica comunidad nos daremos cuenta de la primacía que tiene, por ejemplo, el amor mutuo (Jn 13, 34-36), de lo imprescindible que es la actitud de servicio (Mc 10, 41-44), de lo necesario que considera el interés de unos por otros (Mt 18,15-18), del acento que pone en la necesaria igualdad y en la renuncia a los privilegios (Mt 23, 8-10), del perdón (Mt 18, 21-22); y por último, del valor que confiere al gesto de la última cena (lavatorio de los pies y eucaristía), tan cargado de significado, hasta el punto de indicar que sobre este «recuerdo» es sobre el que deben asentarse todas sus reuniones y encuentros comunitarios.

### 3. Coordenadas básicas de la comunidad

De todo ello sacamos en conclusión que la comunidad cristiana debe basarse sobre unas experiencias importantes, tan importantes que constituyen como los pilares, las líneas de fuerza o coordenadas, sobre los que habrá de estructurarse el entramado entero comunitario que quiera ser verdaderamente cristiano, y que formuladas esas dimensiones constitutivas de la comunidad con palabras ya clásicas serían las siguientes: 1<sup>a</sup>) la *comunión* o «koinonía», aceptación gratuita de la unión que Dios ha tendido a bien establecer con nosotros y que deriva necesariamente en decisión de vivir en comunión con los hermanos; 2<sup>a</sup>) la proclamación gozosa, hecha *celebración* o «leiturgia», de lo que el Padre se ha dignado hacer con nosotros, en el amor manifestado con Cristo Jesús, y por lo que seguirá haciendo en fidelidad a su palabra; 3<sup>a</sup>) el anuncio de la Buena Nueva («kerygma») o *misión* evangelizadora, encaminada a dar a conocer a todos los hombres la gozosa noticia de que Dios nos quiere de verdad felices y ha abierto delante de nosotros un camino que lleva a la felicidad perfecta y a la realización plena y total de lo que el ser humano aspira alcanzar (salvación), misión que ha de hacerse con un espíritu de dedicación y generosidad que no dudará en arriesgar la propia vida, entregándola si es preciso (martyría), en prueba de fidelidad a la causa que se anuncia, 4<sup>a</sup>) y finalmente el *compromiso* de servir a los hermanos en las múltiples urgencias que señala el Evangelio («diakonía») y de construir un estilo de vida en la línea de los valores del Reino destinado a todos los hombres («doulía») (2).

---

(2) Conviene hacer notar que Jesús usa dos verbos, por ejemplo, en el evangelio de Marcos, para indicar esa actitud de servicio: «diakoneo» y «douleuo». El prime-

Resumiendo todo lo anterior, cabe decir que «la Palabra, el Sacramento, la Misión y el Servicio al mundo, especialmente a los más pobres, constituyen los elementos teológicos fundamentales que sustentan a la comunidad cristiana (3).

#### 4. La praxis comunitaria del comienzo

Guiados por estas pautas o referencias, si no del todo asumidas por lo menos sí básicamente intuídas, los primeros cristianos trataron de poner en práctica un estilo de vida comunitaria en que esas orientaciones de principio se tradujesen en gestos reales o «indicadores» mucho más concretos, entre los cuales merece la pena destacar los siguientes:

- La presidencia de la comunidad la ejercía, por principio, alguno de los apóstoles, y más en concreto Pedro (Hch 1,12-22);
- existía una participación corresponsable de toda la comunidad a la hora de las decisiones importantes (Hch 1, 23-26), cosa que se justificará más adelante mediante el reconocimiento de los carismas (1 Cor 12,4-11);
- la escucha de la palabra y la enseñanza de los apóstoles constituían uno de los deberes a los que la comunidad se entregaba asiduamente (Hch 1,12-22), recalcando que se trataba de una enseñanza no tanto de doctrinas cuanto de experiencia: «lo que hemos visto y oído» (Hch 4,20);
- dar testimonio de Jesús resucitado, con imperiosa fuerza, era otro de los cometidos que la comunidad realizaba sin desfallecer (Hch 1,21; 2,32; 3,13; 4,10-33);
- mantener la unidad entre todos era considerado como imperativo sagrado y a la vez como gesto expresivo (Hch 2,44; 4,32; Rom 12,16), unidad que había que salvaguardar con espíritu conciliador (Mt 18,15-22; Rom 14,1; 1 Tes 5,15; Col 3,13), poniendo el amor por encima de todo (Rom 12,10);
- la oración compartida constituía otro de los momentos privilegiados para el que la comunidad se daba cita con asidua frecuencia (Hch 1, 14; 2, 43; Rom 12,12; 1 Tes 5,17; Flp 4,6);

---

ro significa «servir por amor», o mejor, «por cariño», y Jesús lo sugiere para dentro de la comunidad; el segundo indica más bien «servidumbre», y Jesús lo recomienda como actitud de la comunidad con los de fuera. Cf. J. MATEOS: *La comunidad cristiana en el Nuevo Testamento*, pg. 4

(3) L. BOFF: *Y la Iglesia se hizo pueblo*. Sal Terrae, Santander 1986, pg. 40.

- la fracción del pan, que a diferencia de la oración (en el templo) se tenía en las casas y que más que como comida judía hay que entenderla como rito eucarístico (cf. 1 Cor 10,16; 11,24; Lc 22,19; 24,35), dejó de constituir bien pronto una práctica más entre las habituales de la reunión comunitaria pasando a convertirse en el gesto expresivo por excelencia de la vida y razón de ser de la comunidad (1 Cor 11,24-25);
- compartir los bienes con los que pasaban necesidad, ponerlos a disposición de la comunidad fue un gesto con el que los primeros creyentes pretendieron significar la renuncia al afán de poseer (Hech. 4,32-34; Lc 12,33) y la solidaridad de unos con otros (Hch 2,44; 2 Cor 8,7-14);
- aunque el primitivo núcleo comunitario daba la sensación de estar excesivamente volcado hacia dentro y pendiente sólo de sí mismo, no por eso dejaba de manifestarse en ocasiones como un grupo de acción, de verdadera acción transformadora, siendo los pobres y sufrientes los destinatarios más beneficiados.

## II. ACTUALIZAR LA VIVENCIA: RASGOS Y GESTOS EXPRESIVOS DE LA COMUNIDAD CRISTIANA, HOY.

Habiendo manifestado en páginas anteriores cómo la razón de ser de la comunidad cristiana es primordialmente de índole espiritual y cómo esa realidad espiritual empezó a hacerse visible, histórica, concreta —todo lo cual representa para nosotros la referencia primera—, conviene desarrollar ahora el modo y las características conforme a las cuales habrá de estructurarse y configurarse en nuestros días esa realidad comunitaria, convencidos de que a ese camino «de verdad completa» (Jn 16, 13), es decir, al seguimiento de Jesús en comunidad, es al que sigue reconduciéndonos sin cesar el Espíritu.

Procurar que la Iglesia, que se entiende a sí misma sobre todo como realidad de *comunión*, llegue a manifestarse y expresarse también como realidad de comunidad, ha sido a lo largo de la historia, con sus más y sus menos, una de las preocupaciones mayores de la propia Iglesia, a nivel teórico y a nivel práctico. Y lo sigue siendo todavía hoy. Por eso nunca ha dejado de recordarse a sí misma los rasgos principales de su identidad y los elementos que a constituyen como tal realidad comunitaria, aspectos ambos que recoge en síntesis el documento sobre *La catequesis de la comunidad* al precisar que «la comunidad es la realidad histórica y visible de la Iglesia, hecha de palabras, de signos, de estructuras, de iniciativas prácticas, de relaciones personales

que brotan de la comunión, manifiestan sus riquezas y revelan su vitalidad en todos los sectores de la existencia humana» (CC, 254).

Pues bien, a describir algunos de esos rasgos y a prestar los principales aspectos de lo que entendemos que debe caracterizar hoy a la comunidad cristiana voy a dedicar las páginas que siguen.

## 1. Espacio de comunión o «koinonía»

La intención principal de la comunidad cristiana es la de vivir testimoniando, a través de la comunión con los hermanos, la comunión que Dios nos ha manifestado. Sería corto pensar por ello mismo que el móvil primordial de una comunidad cristiana pueda ser el de vivir asociados determinadas personas porque así lo han decidido. La voluntad de asociarse sin más no explica suficientemente la razón de ser de una comunidad de fe. Y en consecuencia el modelo comunitario que se pretende realizar no se limita a reproducir el esquema fundamental de un grupo o colectividad cualquiera sino que aspira a ser una verdadera *fraternidad*.

Qué cosa sea lo propio y característico de una fraternidad cristiana parece obvio que haya que reducirlo de la forma de amar que Jesús nos ha testimoniado como prueba inequívoca de lo que significa saberse y ser Hijo de Dios y hermano de los hombres. De su modo de amarnos y de sus relaciones próximas, acogedoras y significativas, hemos de aprender, pues, los cristianos a practicar el amor mutuo y a establecer entre nosotros relaciones fraternales.

Ahora bien, conseguir unas relaciones abiertas y desinteresadas, respetuosas y al mismo tiempo motivadas por un amor sincero y generoso, requiere el esfuerzo progresivo de superar los egoísmos y las inmadureces en el trato y en la vinculación a otras personas. Lo cual se logra mediante el aprendizaje de la comunicación, de la afirmación de lo que uno es y quiere compartir, de la disponibilidad, del aprecio mutuo. Todo ello entendido como predisposición que traduce y encauza las manifestaciones del amor fraterno. Sin duda ese campo de relaciones interpersonales bien compaginado es el que mejor posibilita la puesta en práctica del *compartir* como expresión real y manifiesta de la comunión. Y el que permite experimentar la pertenencia a la comunidad «de talla humana», en el sentido de que así es como «los creyentes se sienten integrados en la Iglesia de una manera no anónima, sino conscientemente personal; aprenden a compartir su propia fe con la de los otros hermanos, superando, en la comunión, los puntos de vista individuales; y la actitud personal de cada uno puede ser más activa y creativa» (CC, 265).

En virtud del dinamismo que inspira la acción comunitaria resulta que toda comunidad cristiana está llamada además a suscitar la *comunión eclesial*, puesto que «una comunidad manifiesta la comunión en la fraternidad que expresa la caridad... En las comunidades cristianas esto se vive concretamente cuando sus miembros tratan de conocerse más y más, buscan la vida en común, compartiendo alegrías y penas, riquezas y necesidades y se hacen servidores entre los hermanos» (CC, 261). Hay que evitar, con todo, el peligro de pretender una excesiva unanimidad o de querer uniformar la posición ideológica o comportamental de los distintos miembros más allá de lo que pide el respeto al necesario pluralismo, tan consubstancial con la universalidad de la vivencia eclesial.

Ahora bien, decir comunidad fraterna es decir también comunidad *corresponsable*, pues en esa célula básica es donde los creyentes descubren que pueden ejercer una responsabilidad vivida como «co-responsabilidad» con otros, lo mismo en lo que se refiere a la buena marcha y funcionamiento de la propia comunidad que en las tareas y compromisos que ésta proyecta de cara al exterior; en virtud de esta corresponsabilidad ministerial, efectivamente ejercida, es como se consigue que «cada uno de los miembros, a su nivel y desde su situación, contribuya a la edificación y crecimiento del Cuerpo entero en el amor» (CC, 263). Y es decir también comunidad *creativa*, ya que con la aportación e inventiva de todos es como el Espíritu impulsa a buscar soluciones, encontrar caminos y a descubrir nuevas y sorprendentes maneras de actualizar el Reino.

Y para testimoniar más expresivamente aún la realidad de comunión toda comunidad cristiana debe ser además abierta y *acogedora*, imitando en esto al propio Cristo que, habiéndonos acogido él primero, también nosotros debemos acogernos mutuamente (Rom 15, 7). Ser abiertos quiere decir estar dispuestos a superar los elitismos, narcisismos y grupismos de todo tipo que nos amenazan. Ser acogedora una comunidad implica que está pronta para «acoger continuamente a los que desean conocer al Señor y adentrarse en la vida nueva» (CC, 266). Iglesia acogedora es aquella que además es capaz de asumir lo diferente (4), que se descubre a sí misma con vocación universal y llamada a testimoniar el amor de Dios hacia todos los hombres. En este gesto de acogida es donde tal vez se pone mejor de manifiesto que la comunidad cristiana se entiende a sí misma como don de Dios a partir de la parábola de los invitados (Mt 22, 2-14); en efecto, en dicha parábola

---

(4) «Una Iglesia que no asume lo diferente no será una Iglesia misionera, porque no sabrá ni podrá salir de sí misma para acoger lo nuevo o lo distinto; todo aquello que se debe evangelizar» (J. M. RÓVIRA BELLOSO, l.c., pg. 375).

se subraya que los «segundos invitados» son aquellos que «no tienen ningún derecho», que no esperan la invitación, y que justamente la razón de que coincidan en la fiesta, siendo entre sí diversos, «buenos y malos», (Mt 22, 10), es que el rey les ha invitado. Se comprende así con bastante evidencia que el «estar juntos» de los cristianos es el «estar juntos» de Dios con ellos (5).

## 2. Lugar apropiado para alcanzar la madurez e identidad cristianas

Varias son las funciones que cumple o debe cumplir la comunidad cristiana en lo referente a la maduración en la fe. Por de pronto, ella es «el *punto de partida* ordinario y el clima nutricional en que el creyente se inicia y madura en la fe» y es también la que «*acompaña* en su itinerario de fe a los regenerados por el bautismo y a los adultos que sienten la necesidad de profundizar en su condición de cristianos» (CC, 266).

La comunidad, si recuerda que ha sido congregada por la Palabra de Dios y que su actitud constante de escucha de la misma «le conduce a una permanente disposición de revisión, de cambio, de aceptación de respuesta fiel a la voluntad de Dios manifestada en la Palabra» (CC, 259), tendrá que propiciar además que la maduración en la fe se lleve a cabo conforme a un ritmo progresivo e intensivo, es decir, conforme a un estilo *catecumenal*. Y esto por exigencias de la propia fe, que en su globalidad de aspectos necesita ser comprendida poco a poco, primero en lo que dice relación a los contenidos más elementales y luego a otros de profundidad o complejidad más acentuadas, en atención a la anchura y longitud, altura y profundidad que, en palabras de Pablo, caracteriza al misterio de Cristo (Ef 3, 18-19). Y también por exigencias del creyente que, como humano, tiene necesidad de ritmos, fases o etapas, que le van impulsando paso a paso hacia la madurez; lo cual obliga a reconocer que «en lo cristiano estamos siempre en crecimiento y hasta el momento de la muerte somos un poco como niños desvalidos que necesitan un ambiente propicio para crecer en la madurez de Cristo» (A. Iniesta). En suma, que la comunidad cristiana integral, habrá de optar por una catequesis de «inspiración catecumenal» (CC, 83).

Para una comunidad cristiana es cosa indiscutible, además de todo lo anterior, que la identidad cristiana se alcanza por referencia a Jesús y su Evangelio. Y de esta labor de querer entender cada vez mejor el mensaje del Reino y de profundizar las exigencias que conlleva su mi-

---

(5) Cf. G. PATTARO: «Esperienza comunitaria e riflessione teologica» en la obra conjunta: *Esperienza di comunità, esperienza di Chiesa*. LDC, Torino-Leumann, 1980, pgs. 87-88.

sión respecto al mismo no podrá jamás dispensarse, contituyéndose así en comunidad permanente *evangelizada*. En efecto, «las comunidades están sometidas al riesgo de parálisis si olvidan que el don de Dios debe ser acogido en una búsqueda y acción ininterrumpida. Ninguna comunidad conoce plenamente al Dios revelado en Jesucristo. Ninguna de ellas vive totalmente de acuerdo con las perspectivas y valores del Reino. Todas las comunidades están llamadas a revisar su marcha a la luz de los valores del Reino de Dios» (6).

### 3. Ambito para la oración y la celebración («leiturgia»)

Partiendo del hecho de que la comunidad cristiana es «comunidad orante y centrada en la Eucaristía», en el sentido de que «la iluminación de la Palabra de Dios suscita la plegaria comunitaria e individual que tienen su culmen en la Eucaristía» (CC, 260), está claro que tanto la oración como la celebración constituyen dos pilares decisivos de la vivencia comunitaria.

Por *oración* entendemos aquí algo más que el simple hecho de rezar juntos, pensando en el ideal no sólo de «una comunidad que hace oraciones sino de una oración que hace comunidad». De esta manera, y aspirando a tener una verdadera experiencia de oración, habrá que contar con que la plegaria en común constituye sin duda un momento importante, pero también el silencio y la contemplación, y mucho más aún el reconocimiento hecho vivencia de la presencia del Señor en medio de los suyos que se reúnen para invocarle (Mt 18, 20).

Y en cuanto a la *celebración* ni que decir tiene que habrá de ser entendida primordialmente como celebración de Dios y de su amor manifestado en Cristo y no celebración de nuestros sentimientos o de nosotros mismos. Razón por la cual nunca habrá que descuidar los ejes que articulan toda celebración cristiana: el «recuerdo» de lo que Dios ha hecho por nosotros (memoria de Jesús muerto y resucitado), «proclamación» de lo que sigue haciendo (presencia del Espíritu en nuestras vidas, en el mundo, en la historia), y «anuncio» de lo que finalmente esperamos (la plena realización del Reino prometido).

---

(6) SECRETARIADO DIOCESANO DE CATEQUESIS DE MADRID: *La comunidad cristiana* (documento de trabajo). Madrid 1979, p. 32.

#### 4. Comunidad evangelizadora y misionera («kerygma» y «martyría»)

Por su misma naturaleza la Iglesia se sabe misionera, aspira a ser Buena Noticia de Dios para los hombres, y es bien consciente de que «ella existe para evangelizar» (En, 14). Los miembros de la comunidad cristiana escuchan como dirigidas a ellos las recomendaciones de Jesús: «Id por todo el mundo» (Mc 16,15), «proclamad la Buena Noticia a toda la creación» (Mc 16,15), «id y haced discípulos a todas las gentes» (Mt 28, 19), «como el Padre me envió así os envió yo» (Jn 20, 21).

De lo que se trata entonces es de que los creyentes mantengan una relación profunda y vital con el *kerygma*, es decir, con lo nuclear del mensaje salvífico, porque sólo de esa forma estaremos en grado de poder anunciarlo y testimoniarlo. Mal se puede proclamar una Buena Noticia que primero no lo ha sido tal para nosotros.

Resulta claro, por consiguiente, que el anuncio misionero implica la adhesión de la propia vida del evangelizador al mensaje que pretende proclamar, y es lo que solemos caracterizar como *testimonio*. El mejor modo que la comunidad cristiana tiene de anunciar el Evangelio es manifestarlo desde ella misma, o sea, desde lo que el Evangelio representa para la propia comunidad. De este modo, como sucedía con los primeros cristianos que resultaron creíbles para quienes les conocían y trataban de cerca, podemos ser también nosotros estímulo para quienes vean y comprueben de verdad el peso específico que el Evangelio tiene en nuestras vidas y en la inspiración de nuestros comportamientos. A esto hay que añadir que la condición de testigos requerirá en ocasiones que demos-tremos, en medio de pruebas y de dificultades, hasta qué punto la fe que nos mantiene unidos al Señor Jesús se traduce, por su amor operante en nosotros, en fidelidad («martyría») capaz de superar las mayores contradicciones.

#### 5. Comunidad comprometida y solidaria («diakonía»)

De igual modo que la comunidad cristiana no existe para sí misma sino que, como acabamos de indicar, se debe al Evangelio, hemos de afirmar también que la comunidad está al servicio del Reino y que su preocupación constante se cifrará por tanto en poner los signos eficaces que ayuden a construir ese Reino.

Reiteramos así la convicción de que la Iglesia es don de Dios no para satisfacción propia sino para servicio de los demás. Lo que quiere decir que el servicio a los hombres constituye para ella una obligación

inoslayable y no una cuestión de generosidad. Y en la medida en que se haga más disponible para los hombres la Iglesia será más de Dios.

Importa por lo mismo que los miembros de la comunidad cristiana asumamos convencidos la actitud de disponibilidad y de *servicio* y que la pongamos de manifiesto en gestos que vayan desde «servir al hombre» (Mt 25,44-45) hasta «servir a Cristo» (Jn 12,26), con todos los pasos intermedios que convenga dar.

Si Cristo, como «siervo» (Hch 3, 13), ha hecho del servir la prerrogativa mayor de su vida (Mt 20, 28), nosotros, seguidores suyos, debemos encontrar en el servicio el título que mejor nos cualifica. Servir, en cuanto expresión de amor, es el mandamiento que el cristiano recibe en herencia de Jesús. Y no un servir ocasional o con ciertas condiciones, reservado a determinados momentos y ocasiones, no, sino un servir a tiempo pleno, generosamente disponible y sin recortes de prejuicio alguno. En todo caso, como lo vivió y demostró el propio Jesús, orientado preferencialmente a los más pobres y marginados.

El servicio a los hombres pide de los creyentes que no se queden al margen de lo humano, al contrario que lo compartan de cerca y desde dentro, haciendo propios los gozos y esperanzas de los hombres con quienes conviven (GS, 1), asumiendo ese servicio no como una mera declaración de intenciones sino como expresión, en situación, de una actitud atenta a las necesidades y urgencias que no cesan de interpelear. Más aún, será preciso descubrir incluso, a la luz de la parábola del compasivo samaritano (Lc 10, 29-37), que no es tanto desde las capacidades de quien se manifiesta dispuesto a atender al necesitado desde las que hay motivarse cuanto desde la necesidad tal y como la plantea aquel con quien hemos tenido la dicha de coincidir como prójimo (7).

Este enfoque es el que induce a ejercer el compromiso también bajo forma de *solidaridad*, especialmente con los más pobres y afectados por las injusticias de los demás. Una solidaridad que coincide con muchos otros, a veces con los no explícitamente creyentes, en el afrontamiento de problemas y situaciones injustas para los que se quiere dar con medios posibles de solución, pero que se singulariza en cuanto que, motivados e iluminados por la referencia evangélica, los creyentes descubrimos el rostro del Padre en el prójimo marginado y sabemos que sólo amándole a él podemos decir con verdad que amamos a Dios.

---

(7) Cf. en este sentido el acento tan sugerente que descubren en la parábola del samaritano S. GALILEA: *Religiosidad popular y pastoral*. Cristiandad, Madrid 1979, pgs. 270-271, y L. BOFF: *Teología desde el lugar del pobre*. Sal Terrae, Santander 1986, pgs. 46-47.

### 3. TRANSMITIR LA EXPERIENCIA: CATEQUESIS EN Y DESDE LA COMUNIDAD CRISTIANA.

Si decisivo es para la comunidad el saberse cristiana e identificarse como tal, teniendo bien claro lo que ella está llamada a ser y lo que debe manifestar como expresión coherente de su vida y de su misión, no menos decisivo es que se sienta capaz de comunicar y transmitir, de forma válida y creíble, lo que para ella ha sido y es como el evento constituyente y el factor determinante, a saber, el minsiterio de Dios acontecido en Cristo (Ef 3,9-11); y de ello a través de la catequesis. Dicho de otra manera, si es verdad que la experiencia de Dios y de Jesucristo acontece plenamente en la comunidad, y ésta lo sabe y lo experimenta como tal, no puede dejar de asumir esta tarea de clarificar y de transmitir la experiencia de fe como algo constitutivo de su propio ser comunitario y de su misión. Así es como hay que entender la declaración de Pablo VI de que la evangelización «constituye la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda» (EN, 14) y la taxativa afirmación del Sínodo 77 de que «la comunidad cristiana es el origen, lugar y meta de la catequesis» (Proposición 25 y CC, 253).

La responsabilidad que le incumbe por tanto a la comunidad cristiana de cara a la catequesis no necesita de muchas justificaciones. Baste con reparar en que la comunidad es el espacio donde la verdad cristiana se hace opción transformadora, conversión, confesión de fe y compromiso, donde los sacramentos se hacen celebración, donde los imperativos evangélicos se hacen testimonio de vida, donde la comunión en Cristo se hace fraternidad y servicio; es la comunidad cristiana el espacio donde realmente la obra de salvación se hace historia... Hay que decir que la comunidad concreta y el dinamismo que se funda entre los que se reconocen convocados y congregados para la salvación en Cristo, es para todos, los de «dentro» y los de «fuera», el factor más determinante en orden al discernimiento de lo que la Iglesia es, de lo que la Iglesia vale y de lo que la Iglesia significa» (8).

Por todo ello, quisiera destacar aquí dos aspectos importantes: la comunidad cristiana como ámbito de evangelización y las implicaciones que conlleva el hecho de que la comunidad asuma la catequesis como quehacer indeclinable.

---

(8) M. USEROS: *Cristianos en comunidad*. Sígueme, Salamanca 1970, pgs. 13-14.

## 1. La comunidad como ámbito de catequización

Varios son los matices que incluye esta expresión. Decir que la comunidad es el ámbito donde mejor se desarrolla y lleva a cabo la educación de la fe alude por lo pronto a una manera de entender la fe no como mera vivencia individual sino como experiencia que tiene un marcado carácter comunitario: «la experiencia y la fundamentación de la fe individual requieren la autoridad y el respaldo de la comunidad; el testimonio individual vive del sentido y de la fe de la comunidad» (9). Quiere decir también que es a través de los dinamismos que conforman la vida y el hacer de la comunidad como «los cristianos viven su conciencia clara de unión con Cristo y el Padre en el Espíritu, escuchan y ponen en práctica la Palabra de Dios, celebran su fe, sobre todo en los sacramentos, oran juntos y viven la fraternidad en el amor y alimentan la conciencia de tener una misión en el mundo» (10), que no otra es la finalidad de la catequesis y de la iniciación cristiana. Viviendo de este modo la comunidad y haciendo todo esto es como catequiza y es como desarrolla el «sentido eclesial» de la catequesis, «ya que se catequiza en la fe tal y como es vivida por la comunidad creyente; la experiencia de encuentro y relación comunitaria, vivida desde la fe en Jesucristo, ha de ser para los catequizandos un acontecimiento eclesial» (11).

Todo acto catequético —nos dice otro importante documento— debe suponer para quien lo hace una verdadera experiencia eclesial» (CC, 253).

Calificar a la comunidad de marco apropiado para la catequesis significa además que se debe valorar de tal manera la acción catequética hasta el punto de considerarla como *creadora ella misma de comunidad*, porque a través de la progresiva iniciación en el misterio cristiano es como se consigue reconocer a Dios como Padre y a los hombres como hermanos, que tal es el meollo de la experiencia de fe en comunidad.

Y por último, designar a la comunidad como «lugar» apto para la catequesis denota que es *a partir de ella*, es decir, de sus vivencias, de donde ha de dimanar la comunicación de fe que quiere transmitirse y que sólo en la medida en que la comunidad da lo que vive y sabe es origen de la catequesis; y denota asimismo que la finalidad de dicha comunicación tiende a desarrollar en los catequizandos el sentido comunitario de la fe, por lo que no hay que olvidar nunca que la catequesis es *para la comunidad*.

---

(9) F. J. HUNGS: *Comunidad y catequesis* Sal Terrae, Santander 1982, pg. 77.

(10) SINODO 77: Proposición 25.

(11) COMISION EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS: *Una nueva etapa en el movimiento catequético*, en «Actualidad Catequética», abril-junio 1979, pg. 11.

Estaría de más decir, pero el hecho de que aquí lo digamos indica que no lo descuidamos, que toda comunidad cristiana, por el hecho de serlo y proclamarse como tal, ha de sentir la urgencia y la necesidad de proclamar y de testimoniar su fe, no como una obligación pesada sino como dedicación gozosa, como un servicio o ministerio que fortalece y dinamiza la vida misma de la comunidad.

## 2. La catequesis, tarea de la comunidad

Dar contenido preciso a este enunciado obliga a puntualizar una serie de connotaciones, que sin duda, tiene el hecho de afirmar categóricamente que la catequesis es un deber, una tarea y una responsabilidad de la comunidad cristiana.

La primera de esas connotaciones iría en el sentido de que «la actividad catequética no puede separarse, en modo alguno, de la vida de la Iglesia, pues en la catequesis es como la Iglesia se va presentando a sí misma como realidad sacramental de salvación» (CC, 253). Al proponerse comunicar y compartir la fe que la anima, la comunidad cristiana tiene conciencia, o debe tenerla al menos, de que pone en acto una dimensión constitutiva de su ser creyente. De donde se sigue, en pura lógica, que una comunidad que no quiera negarse a sí misma *no puede por menos de catequizar*.

Más explícitamente aún, el postulado de que la catequesis es incumbencia de la comunidad cristiana quiere decir que ella es, debe ser, el agente que *se responsabiliza* de la educación de la fe de sus miembros, asumiendo dicha responsabilidad como un empeño de trabajo en equipo, y quien toma en serio también la misión de anunciar y de testimoniar su fe a los que todavía no lo son. Pero el acento se pone aquí sin duda alguna en el interés y en la dedicación con que debe acoger a los que a ella vienen, en el acompañamiento y seguimiento que con los mismos debe realizar de acuerdo con el proceso de iniciación cristiana, a la vez intensivo y extensivo, que a sí misma se haya dado, y finalmente en el cuidado y atención que debe poner para que sus miembros, ya iniciados, progresen sin cesar en el camino de maduración de su fe, instituyendo como una especie de *catequesis permanente* para todos los miembros de la comunidad.

Fieles al criterio de que la vocación y pertenencia a la comunidad cristiana no han de ser entendidas como una «posición» sino como un «don», los miembros de la comunidad deben manifestar la urgencia de abrirse a todos los hombres, de transmitirles el tesoro de gracia que ellos han descubierto, de ofertarles aquello mismo que ellos han hallado y acogi-

do como don gratuito, a saber, el amor de Dios que es capaz de fraterizar, en Cristo, a la humanidad entera. Y la mejor forma de hacerlo ha de ser a través del *testimonio*. «La catequesis, en cuanto que es testimonio, educa al cristiano para su inserción plena en la comunidad de discípulos de Jesucristo... y educa también al sentido de solidaridad fraterna que el cristiano debe vivir respecto a los que, sean o no creyentes, están embarcados en la misma aventura de la familia humana» (12).

Finalmente, el deber de ejercer la catequesis, asumido por la comunidad, le ha de llevar a ésta a buscar, con espíritu de inventiva y creatividad, los recursos necesarios para cumplimentar eficazmente su misión; le ha de impulsar asimismo a descubrir plataformas nuevas y propicias desde las que poder desarrollar su tarea educativa; y le ha de lanzar a proseguirla sin desánimos desde todos los *ámbitos comunitarios* posibles: la parroquia, la familia, los grupos y comunidades de base, las asociaciones y movimientos apostólicos, etc., (CC, 267-282).

## CONCLUSION

La descripción de los rasgos característicos de la comunidad cristiana, así como del quehacer catequético-evangelizador que le incumbe, presentada en las páginas que anteceden, nos lleva al reconocimiento cierto de los tres polos sobre los que se articula el ser y el hacer de toda comunidad: la «referencia» de origen, que nunca ha de olvidarse, la actualización de la «vivencia» comunitaria mediante una serie de aspectos a desarrollar, y la transmisión de la «experiencia» nuclear comunitaria como prueba de autenticidad de que el don recibido se difunde evangelizadamente.

Guardar el equilibrio necesario entre estos polos es condición indispensable para que la identidad y misión de la comunidad no peligre ni se desvirtúe o deteriore. Sabido es, y la experiencia pastoral de nuestros días lo confirma sin lugar a dudas, que las realizaciones o experiencias comunitarias que se dan entre nosotros adolecen en ocasiones de parcialismo o de extremismos, ya sea porque privilegian excesivamente lo espiritual, con menoscabo del compromiso social, por ejemplo, o porque se empeñan tan a fondo en las acciones o plataformas de compromiso social y político que parece que no ha lugar para el discernimiento oportuno, la referencia de fe o la dimensión de oración y de celebración.

---

(12) SINIDO 77: *Mensaje al Pueblo de Dios*, 10.

En consecuencia, lo que parece quedar claro a través de estas páginas es que de la misma manera que no hay comunidad cristiana que se declare simple grupo o colectivo humano, porque su identidad se apoya en unas claves de índole espiritual asumidas como referencia, de la misma manera no puede haber comunidad cristiana que se contente simplemente con «ser» comunidad, sino que ha de «hacer» comunidad, y este hacer implica esencialmente la capacidad de comunicar y de transmitir a otros la propia experiencia de fe.